



Amarse como los dioses

Tomás Zurián\*

## *Yo comprendo una sola cosa: la vida se llama Nahui Olin.* DR. ATL

Uno de los amores más intensos, tormentosos y escandalosos que se suscitaron en el ambiente artístico de la ciudad de México fue el que escenificaron Carmen Mondragón y el Dr. Atl, hombre múltiple como ella: pintor, escritor, vulcanólogo, innovador de técnicas pictóricas y géneros artísticos como el paisaje aéreo.

De acuerdo con lo asentado por el Dr. Atl en su libro *Gentes profanas en el convento*, su encuentro con Carmen ocurrió un 22 de julio de 1921, durante una reunión en la casa perteneciente a una familia de la alta burguesía mexicana. El impacto anímico y erótico fue avasallador. Cuando más entusiasmado platicaba con algunos concurrentes las jugosas anécdotas de su siempre agitada vida, una aparición lo hizo volver la mirada: una mujer maravillosa bajaba las monumentales escaleras de la mansión. El Dr. Atl no era el único que se extasiaba ante aquella visión de belleza extrema; casi todas las miradas de los hombres —excepto la del marido— se habían concentrado en ese ser de rostro perfecto, de enormes ojos verdes y cuerpo ondulante y felino que regalaba generosamente, con sensualidad, cada uno de sus movimientos, como si los hubiera ensayado desde hacía miles de años. El Dr. Atl así lo narró:

Vuelvo a casa de la fiesta que la señora de Almonte dio en su residencia de San Ángel, con la cabeza ardiendo y el alma trepidante. Entre el vaivén de la multitud que llenaba los salones se abrió ante mí un

abismo verde como el mar, profundo como el mar: los ojos de una mujer. Yo caí en ese abismo, instantáneamente, como el hombre que resbala de una alta roca y se precipita en el océano. Atracción extraña, irresistible.

Fulguró entre la multitud como una antorcha y mi espíritu se quemó en su llama como un insecto.<sup>1</sup>

Para su descanso, a los pocos días de aquel encuentro —que lo tenía en la mayor de las desesperaciones—, la vio caminando por la Alameda central en compañía de su marido, "un pobre señor" [el pintor Manuel Rodríguez Lozano]. Ante la sonrisa insinuante de Carmen, el Dr. Atl se acercó a la pareja para saludarlos y, en medio de insulsas incoherencias, lo mejor que se le ocurrió fue invitarlos a su casa, una vetusta construcción en el número 90 de la calle de Capuchinas, para comentar sus cosas de arte. El débil ardid lanzado rindió los frutos esperados.

Julio 30

Ella vino sola. Recorrió las estancias ornadas de cosas de arte admirando todo con una alegría infantil, pero se advertía, a cada paso, que ella estaba en posesión de una verdadera cultura artística. Me ha parecido extremadamente joven para estar casada y se lo dije. Ella sonrió haciendo relampaguear sus grandes ojos. De lo demás... nunca podré saber de qué le habló y cómo salió de mi morada.

### Artistas mexicanas en 'la Ciudad de los Vientos'

Del 22 de junio al 2 de septiembre, el National Museum of Mexican Art en Chicago, Illinois, organiza dos exposiciones con obra de veintisiete artistas de nuestro país. Con motivo del centenario natal de Frida Kahlo (6 de julio), *Mujeres artistas en el México de la modernidad: las contemporáneas de Frida (Women Artists of Modern Mexico: Frida's Contemporaries)* reúne pintura, fotografía, grabado y escultura de veintiséis "creadoras, musas y mujeres con una conciencia social" —según la síntesis de la muestra— como Lola Álvarez Bravo, Rosario Cabrera, Kati Horna, María Izquierdo y la propia Frida Kahlo. La curaduría corrió a cargo de Dolores Mercado, con la asistencia de Tomás Zurián. En forma paralela, *Nahui Olin: una mujer fuera del tiempo (Nahui Olin: A Woman Beyond Time)* incluye retratos y obra —caricatura, dibujo, xilografía y pintura— de Carmen Mondragón (1893-1978), con la curaduría de Zurián y la asistencia de Mercado. Por cortesía del autor, así como de Carlos Tortolero, director del museo, y Dolores Mercado publicamos este fragmento de "Nació como Carmen Mondragón y murió como Nahui Olin", texto del catálogo de la exposición.

GACETA DE MUSEOS

Carmen decidió por primera vez su destino en ese momento; intuyó encontrar en aquel hombre un sedimento en el que fructificarían sus talentos múltiples y su erótica contenida en forma dramática. Así, le escribió la carta que cambiaría radicalmente su vida. El Dr. Atl, que impaciente había esperado una misiva, leyó:

Para mí –para ti– ya no habrá ayer ni mañana –para nosotros dos sólo hay un solo día, la eternidad del amor y un solo cambio: más amor–, amor que se transforma en más amor donde no hay ayer ni mañana, sólo un espacio infinito –un día donde la noche no existirá sino para amarnos– una noche que será más luminosa que el día mismo cuando nuestras carnes se junten –es nuestro destino.

Al parecer, el Dr. Atl debió de haber contestado esas líneas, por lo que recibió una segunda de Carmen, que en el primer párrafo afirmaba: "–Tu carta es un torrente que arrastra en su tumulto mi voluntad–. Tú eres un hombre y eres violento. Yo soy una virgen perversa".

A partir de ese momento, una vorágine sacudiría sus almas y sus cuerpos. Fue uno de los momentos más fructíferos en la vida de ambos, donde la pasión epidérmica más voluptuosa se alternó con los prístinos productos del espíritu. Porque en esta nueva y luminosa aventura tenían que amarse como dos divinidades.

A principios del siglo xx Gerardo Murillo se presentaba en Europa como Atl, que en náhuatl quiere decir "agua". Sin embargo, fue bautizado en París, con un gran derroche de champaña, por el poeta argentino Leopoldo Lugones y un grupo internacional de intelectuales, añadiéndole el título de *Doctor*, que al parecer había obtenido en derecho, como alumno del abogado y político italiano Enrico Ferri, en Roma. A partir de ese jubiloso momento sería el *Dr. Atl* para siempre.

Ahora tocaba al Dr. Atl bautizar ritualmente a Carmen Mondragón, con la fría y transparente agua del aljibe del ex convento de la Merced –que les servía de residencia–, como *Nahui Olin*. *Atl* es el agua como principio generador de la vida, pero *Nahui Olin* es el movimiento renovador de los eternos ciclos del universo. Consumada esta conversión, pudieron amarse de manera intemporal como dos seres míticos.

No es fácil precisar qué misteriosa metamorfosis se operó en el alma de Carmen Mondragón cuando surgió Nahui Olin, pero fue el principio de una gran transformación, de una profunda transmutación que se produjo de la noche a la mañana; todas sus inquietudes fructificaron en un estallido incontenible, irrumpieron luminosas al sonido del Nahui Olin. Las semillas de sus capacidades creativas germinaron súbitamente, de golpe, como un inmenso *big bang*. En un principio debió de haber sentido una extraña sacudida; sintió el peso inmenso del Nahui Olin como símbolo poderoso de renovación. Incluso se suscitaron en ella problemas de identidad, que se reflejaron en algunas pinturas, donde firmaba como Carmen Mondragón y añadía Nahui Olin, o bien firmaba como Nahui Olin y añadía Carmen Mondragón. Pero en el momento de mayor crisis firmó: "Nahui Olin, M. del Carmen Mondragón, Nahui Olin".



Nahui Olin, [Dr. Atl] "...–cabrito– te he puesto los cuernos con veinte enamorados de verdad –viejo loco– te crees inteligente porque explotas el talento de los demás", tinta china y grafito sobre papel, 52.5 x 28 cm

Al final se impuso bajo el peso del deslumbrante mundo indígena el Nahui Olin y, a partir de ese momento, el movimiento dinámico que impulsaría a esta mujer divinizada; nadie –ni ella misma– podría detenerlo.

En el terreno de la erótica la relación fue fecunda de placeres, ya que el Dr. Atl supo extraer con habilidad –desde las profundidades del deseo hasta la superficie del ser animado– las fuentes vivas de la pasión, que durante su árida relación con Rodríguez Lozano se habían secado, como ella lo expresó en una de sus cartas: "–Para decirte cuánto te deseo, para decirte que en mi pecho incrédulo ha germinado por fin la flor de la fe en la vida– la flor que con su perfume ha borrado mi eterna melancolía".

Las cartas de Nahui Olin fluían apasionadas, incontenibles, candentes como magma volcánico, y de algunas podemos destacar los siguientes párrafos: "Engendraremos el infinito en una noche de amor, la primera, la eterna".

Sin ti no existen las cosas ni los seres, contigo resplandezco y ante ti mis ojos verdes se apagan.

Pero tengo miedo de que la nube roja te queme y te convierta en cenizas y también tengo miedo de que, a pesar de que te pertenezco absolutamente, el destino nos separe. Pero si el destino nos separa, toda tu potencia y la mía se juntarán en algún lugar del universo, y en ese centro seremos el infinito.

Te amo, te amo, desesperadamente, lujuriosamente, misteriosamente, como la vida, como la muerte.

¡Oh amor, amor divino!, te ofrezco mi cabeza para que sirva de escabel a tus pies o de escalón a tu gloria.

Eres Dios –ámame como Dios–, ámame como todos los dioses juntos, no, ámame como tú sabes amar.

Perfora con tu falo mi carne –perfora mis entrañas–, desbarata todo mi ser –bebe toda mi sangre y con la última gota que me quede yo escribiré esta palabra: te amo, y cuando esa sangre se haya secado, gritaré: te amo.

\*

Amor mío, tú debes morir, porque cada palabra tuya, cada mirada, cada movimiento abre en mí una nueva herida de amor –y mi cuerpo no tiene ya un lugar para otra herida más.

Estoy llena de sangre como un mártir. Mi juventud se deshace entre la furia de tu pasión y mi pasión se exalta y gira alrededor de tu falo como una mariposa alrededor de una luz; y en las noches calladas, envuelta en tu lujuria, mi razón se ofusca y mi boca grita te amo, te amo, te amo.

\*

–Pero a veces siento como si yo fuera el átomo de una nebulosa y tú el universo que la contiene– y mi imaginación se dilata hasta más allá de los límites del deseo –y de repente se contrae en mi sexo que a su vez se agranda como un abismo sideral.



Nahui Olin, *Desnudo femenino de espalda*, tinta china sobre papel, 25.5 x 19.5 cm

\*

Tus sentimientos de esteta los arrastró la belleza de mi cuerpo —el esplendor de mis ojos— la cadencia de mi ritmo al andar —el oro de mi cabellera, la furia de mi sexo— y ninguna otra belleza podrá alejarte de mí.

Ésta fue la tónica emocional que animó las más de doscientas cartas, y todo fue *in crescendo*, renovando las metáforas, imponiendo la intangibilidad del espíritu, intensificando la pasión. Este espléndido epistolario no se repetiría con esa profundidad y ese estallido de imágenes crepusculares y eternas en las cartas posteriores, dirigidas a sus varios amantes, con las cuales Nahui Olin siguió gritando amor desde el corazón mismo del universo.

Durante el tiempo que duró esta relación —una verdadera época de oro irrepetible—, el Dr. Atl y Nahui Olin multiplicaron sus proyectos, convivieron con la comunidad artística, escribieron intensamente, pintaron intensamente y se amaron intensamente. Nahui Olin publicó tres libros: *Óptica cerebral. Poemas dinámicos*, en 1922; *Calinement, je sui dedans*, en 1923, y *A dix ans*, en 1924 —estos dos últimos escritos en francés—. Las obras fueron recibidas con entusiasmo y reseñadas por importantes literatos, entre ellos el poeta José Gorostiza, tanto por su contenido como por su original diseño, en especial *Calinement*. . . , cuyos poemas se estructuran como monumentos urbanos.

Su labor literaria no limitó su producción pictórica. En esta época pintó al fotógrafo Edward Weston, en el que podemos considerar como uno de sus mejores retratos por la espontaneidad de su concepción plástica, por el sentido cromático con que plasmó el rubicundo rostro del renovador de imágenes fotográficas, representado con su cámara a

un lado de él, como lo hizo de alguna manera Tina Modotti en su soberbia fotografía de Weston, realizada también en México en esa época.

Si bien la militancia ideológica no fue un factor importante en sus convicciones, y su pintura nunca manifestó un carácter político, sí consideró justificado apoyar las luchas de reivindicación de los artistas plásticos frente a una sociedad indiferente, y la conquista de espacios

públicos para ejercer sus capacidades creativas. Bertrand D. Wolfe, en su libro *La fabulosa vida de Diego Rivera*, asegura que Nahui Olin y la pintora Carmen Focerrada fueron las únicas mujeres que figuraron en el Sindicato Revolucionario de Obreros, Técnicos y Plásticos, fundado por David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera en 1922.

De pronto esta actividad creativa y emocional se vio afectada; las cartas comenzaron a reflejar otra realidad opuesta por completo al esplendor inicial. Los celos de Nahui Olin estallaban a cada instante y crearon situaciones insostenibles; aquel inmenso amor, interminable e imperecedero, comenzó a resquebrajarse como un castillo de naipes. Las discusiones y los feroces insultos cargados de un odio ancestral se hicieron más frecuentes; sus amistades comenzaron a no frecuentarlos por temor a verse involucrados en el escándalo. Después de una de esas ásperas confrontaciones, el Dr. Atl dejó asentado:

Una de esas noches, después de una breve discusión, yo me dormí profundamente, pero en medio de mi sueño empecé a sentirme inquieto —como si fuese víctima de una pesadilla— y abrí los ojos. Carmen estaba sobre mí, desnuda, con la cabellera revuelta sobre mi cuerpo, empuñando un revólver cuyo cañón se apoyaba en mi pecho. Tuve miedo de moverme, el revólver estaba amartillado y el más leve movimiento mío



Antonio Garduño, *Nahui Olin*, vintage, plata sobre gelatina virada, s. f., con dedicatorias, firmado "Garduño", 34 x 23.5 cm

hubiera provocado una conmoción nerviosa en ella y el gatillo hubiera funcionado. Todo lo pensé en un milésimo de segundo. Me la quedé mirando, como quien mira un muerto. Poco a poco ella fue retirando el revólver, y cuando mi cuerpo estuvo fuera de su alcance, rápidamente le cogí la mano y le doblé el brazo fuera de la cama. Cinco tiros que perforaron el piso pusieron fin a la escena. Cogí el arma descargada, la puse debajo de la almohada y me volví a dormir sin decir una palabra.

Así continuaron por un tiempo las cosas, entre separaciones iracundas y retornos tibios y reservados. Después de los violentos encuentros Nahui Olin también registró el desamor, la indiferencia y los dolorosos distanciamientos: "Pero a mí nada me distrae, estoy reconcentrada en mí misma; en casa lo único que se me ocurre hacer es desnudarme delante de un espejo y admirar mi belleza que es tuya. Besos, besos".

Pero te alejas de mí sin piedad —y yo también sin piedad me olvido de ti. Preferiría degollarte y guardar tu cabeza en un frasco lleno de alcohol para estarte viendo siempre y te abriría los ojos para que tú me vieras a mí, y poco a poco llenaría el frasco con mis lágrimas y dentro de mis lágrimas vivirías siempre cerca de mí teniendo tus ojos abiertos y tu boca lívida y tu cráneo vacío y en el fondo de tus ojos habría un relámpago oscuro que sería tu llamada.

\*

Señor, tengo el cuerpo cubierto de llagas, pero sólo destruyen mi materia sin consumir mi espíritu.

En una de sus últimas cartas se advierte una sombría despedida:

Señor, te he colmado de regalos —mis ojos arranqué para que los pusieras como piedras preciosas en el caleidoscopio de tu vida—, mi alma en nardos te llevé una mañana que no pude extraer de ninguna cosa existente un perfume digno de ti —mis cabellos largos, rubios como el oro corté para coser con sus hilos las heridas de tu vida—, las lágrimas que exprimí el dolor de mi martirio te ofrecí y las gotas de sangre que maban de las heridas que me hiciste puse a tus pies.

Quise darte mis lágrimas y mi sangre para que las bebieras como una medicina maravillosa.

Después de tan feroces confrontaciones se alejaron en silencio, para siempre, cada uno por su propio camino. En el futuro sus vidas volverían a cruzarse con frecuencia, pero de aquel intenso pasado sólo quedó una gentil amistad. Para Nahui Olin los amores cósmicos y catastróficos no terminaron ahí; éste sólo fue el nutritivo principio.

Entre 1925 y 1940 nuevos hombres cruzaron por la vida de esta apasionada mujer, y así se sucedieron los amores más diversos. Adolfo, el virtuoso triunfador de los concursos de baile; el temperamental Matías Santoyo, muralista menor pero espléndido caricaturista; Manuel, el silencioso hombre de los secretos herméticos; Lizardo, el bello diseñador de jardines de las delicias; Armando, ese desconocido que la sacó del marasmo en que se encontraba por la muerte del capitán Eugenio Agacino; Orlando, el petulante abogado que perfumaba sus cabellos después del baño y antes del amor. El final de estas experiencias amorosas fue siempre el mismo: todo se malograba en momentos matemáticamente determinados; la egoísta felicidad no le permitía sino pequeños estados de euforia seguidos de desenlaces que la hundían por momentos en una existencial melancolía ❖.

#### Nota

<sup>1</sup> Todas las citas textuales fueron tomadas de Dr. Atl, *Gentes profanas en el convento*, Botas, México, 1950, págs. 98-156.



Nahui Olin, *Manuel Rodríguez Lozano*, tinta china y grafito sobre papel, firmado Carmen, 33 x 20.5 cm

\* Conservador de obras de arte y pintor